



Año Internacional Familia

## LAS FAMILIAS DE TELEVISIÓN (3):

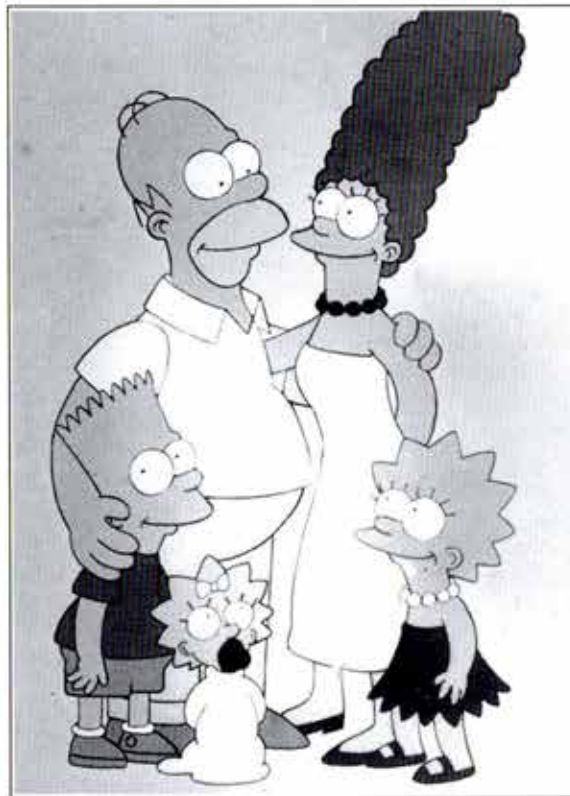
# Los «SIMPSON», *una familia animada*

***La serie muestra la vida cotidiana de una familia media estadounidense con todas sus grandezas y miserias***

— Marta Azcona —

En todas las encuestas sobre televisión, los dibujos animados figuran entre los programas favoritos de los niños españoles. En la actualidad no hay género que consiga despertar mayor interés entre ellos ni que sea capaz de congregar un auditorio tan numeroso y tan fiel. La fascinación por los dibujos animados comienza en los primeros años de vida del niño, quien, gracias a ellos, se convierte en televidente; aun cuando por su edad no esté capacitado para interpretar y ordenar las imágenes de un modo coherente o para describir de una manera exacta lo que ve, el niño se siente atraído por el efectismo del sonido y el vertiginoso ritmo de cambio de plano, que es entre dos y tres veces más rápido que en los programas de imagen real. Salvo la publicidad y los video-clips musicales, ningún otro producto televisivo cambia de encuadre a tal velocidad ni fija tan eficazmente la atención de los niños en la pantalla. Los niños de entre 2 y 9 años prefieren los dibujos a los telefilmes, concursos, retransmisiones deportivas y programas divulgativos. Así pues, no es de extrañar que las distintas cadenas españolas de televisión hayan convertido las series de animación en las estrellas de la programación infantil, dedicándoles casi 76 horas de emisión a la semana y una media diaria de 11 horas.

El niño se levanta y corre al televisor; todos los días, a las ocho de la mañana, ya hay 900.000 niños viendo dibujos animados. Y todos los días cientos, miles, millones de niños sientan a la mesa a sus héroes de animación favoritos y al-



muerzan, meriendan y cenan con ellos. Tienen 60 series diferentes para elegir: 18 en TVE, 17 en Antena 3-TV, 15 en Tele 5 y casi una docena en los canales autonómicos. La oferta incluye producciones de todas las nacionalidades realizadas con todo tipo de materiales y con técnicas que van desde los dibujos más tradicionales hasta los más avanzados diseños por computadora. Las series en las que priman los valores educativos, ecológicos o de respeto a la convivencia comparten la pantalla con otras inspiradas en cómic clásicos o en personajes históricos del mundo de la cultura. Pero entre los viajes literarios en globo o en submarino, los cuentos tradicionales, la vida y costumbres de grupos rurales o urbanos, las aventuras de gnomos, elfos, zanahorias y dinosaurios, se bombardea al niño con mazazos antisociales; entre las divertidas persecuciones, inofensivos martillazos y coscorriones

de pega de las series educativas, se alzan siniestros mensajes que glorifican la violencia y el desprecio ante el dolor ajeno: los protagonistas machacan a sus contrarios y la brutalidad impera en el espacio sideral, en la calle, en el patio de la escuela o en el campo de fútbol. Y el héroe, modelo de comportamiento, se gana la admiración del niño a sangre y fuego.

La capacidad de los dibujos animados para atraer a los pequeños espectadores en cualquier idioma y franquear con éxito las barreras culturales, unida, claro está, a los problemas del mercado europeo, ha inundado las pantallas españolas de



series americanas y japonesas. Algunas de ellas provocan la ira de padres y asociaciones de espectadores por su baja calidad y, sobre todo, su contenido violento; otras muchas pasan inadvertidas a bordo de la simplicidad de sus argumentos, sus nudos y sus desenlaces. Y, obviamente, hay unas pocas que, como en el caso de LOS SIMPSON, despiertan el fervor del público por su vivificante frescura, su ironía, su visión desmitificadora del sueño americano y su manejo socarrón del medio televisivo como punto de referencia para entender los cambios en las relaciones familiares, todo lo cual supone una auténtica revolución en el mundo de los dibujos animados.

## FEOS, GANGOSOS E IMPERTINENTES

Bautizados en Estados Unidos como los Picapiedra de los noventa, los Simpson irrumpieron en TV2 hace tres temporadas, convirtiéndose en una de las series norteamericanas más populares de los últimos años. Escrita y producida por Matt Groening, San Simon y James L. Brooks, la serie muestra la vida cotidiana de una familia media estadounidense con todas sus grandezas y miserias. Su éxito radica en la ruptura, plástica y conceptual, con la animación tradicional y en el alejamiento del estereotipo de familia feliz por la sencilla razón de que es boba, algo a lo que nos tiene tan acostumbrados el cine y la televisión. El cine y la televisión boba, naturalmente. Los Simpson son feos, gangosos y tienen la piel color mostaza. No son una familia ejemplar, elegante y bien educada, los Simpson son zafios, vulgares e ignorantes. Tienen un humor cáustico y demoledor, sueltan tacos y expresiones malsonantes, comen con la boca abierta, eructan en público, hacen la vida imposible a sus vecinos y su principal actividad familiar es apoltronarse en el sofá y ver la televisión. Es decir, los Simpson están vivos. Y en esa vida se reconocen los espectadores.

Homer, el cabeza de familia, es inspector de seguridad en la planta de energía nuclear de Springfield. En los diez años que lleva trabajando allí sólo ha recibido una felicitación de sus superiores y no por su eficacia profesional, sino por un postre de gelatina que hizo su mujer. Homer carece de ambición y espíritu de lucha y su máxima aspiración es no dar palo al agua. Lo más importante en la vida, dice Homer, es ser mediocre. La indolencia y zafiedad de Homer no impide para que sea un devoto padre y esposo que pone todo su empeño en que su familia sea feliz.

Por su parte, Marge Simpson es una madre y esposa a la antigua usanza. El hogar es su reino y su familia, la fuente de



la que mana toda su felicidad. Cariñosa y de carácter apacible, Marge pasa los mejores ratos del día cuando se queda a solas con su bebé, la pequeña Maggie, pero esa tierna paz pronto se ve interrumpida por las crisis que crean Homer y sus otros dos hijos, Bart y Lisa. Bart es una explosiva mezcla de ángel y demonio; con su pelo cepillo, su inseparable tirachinas y su amplio repertorio de exasperantes travesuras, el primogénito de los Simpson es todo lo malo —y también todo lo bueno y encantador— que puede llegar a ser un chaval de pantalón corto; es el alumno más difícil y follonero de toda la escuela, el vecino más incordio del barrio y el miembro de la familia más impertinente y peor hablado. Sus expresiones favoritas: “*Cómeme los pantalones, tío*”, “*Multiplíquese por cero*”. Sus deportes preferidos: arrancar flores, machacar los pies de los viandantes con su monopatin, gastar bromas telefónicas, comer a deshora y ver la tele, cuantas más horas mejor. O sea, un angelito de nuestro tiempo.

Lisa Simpson, de manera reposada y hablar quedo, es el genio de la familia. Estudiante aventajada, hija ejemplar y muy sensible, vive permanentemente preocupada por el deterioro del medio ambiente y las injusticias sociales. Aunque no siempre se siente comprendida por ellos, Lisa adora a sus padres y hermanos, sobre todo a Bart, tan distinto, a quien admira y con el que comparte su pasión por los dibujos animados.

La pequeña de los Simpson, Maggie, todavía gatea. No sabe hablar pero se comunica admirablemente con la familia por medio de su inseparable chupete. Si lo succiona deprisa, significa que está nerviosa o irritada y si lo hace lentamente es que está contenta. Y así.

## EL DÍA QUE HOMMER LEYÓ EN VOZ ALTA

La actividad más gratificante para la familia Simpson es, sin duda alguna, ver la televisión. El aparato está permanentemente encendido y su ruidosa presencia les acompaña a todas horas. La televisión ocupa el tiempo libre de grandes y pequeños. Es su juego, su deporte, su distracción y su entretenimiento favorito; centra todo su interés y constituye la principal actividad familiar dentro del hogar. Como en la vida real de la mayor parte de los ciudadanos que pueblan este planeta.

No hay capítulo en el que Homer no aparezca tumbado en el viejo sofá del salón de su casa, rodeado de botes de cerveza vacíos, viendo un partido de béisbol o un concurso en la televisión. Ni hay tampoco entrega sin la escena de Bart, Lisa y Maggie hipnotizados frente a la pantalla, celebrando con

grandes carcajadas la violencia y la crueldad de "Rascar y Picazón", el gato y el ratón que protagonizan su serie de dibujos animados favorita. En los Simpson se hace a menudo un ataque directo y mordaz a las elevadas dosis de violencia que exhiben las series de animación dirigidas a los niños. Y se critica también el enorme número de horas que éstos, como ellos mismos, dedican a la televisión. Este protagonismo de la televisión en la vida de los Simpson permite a los autores realizar un ejercicio de espejos enfrentados que proyectan la imagen del medio contra el propio medio multiplicando su alcance de forma tal que todos sus vicios quedan al descubierto, especialmente el consumo abusivo que el entorno familiar hace de la televisión. Vengan por donde vengan, se aparezcan donde se aparezcan Los Simpson, éstos serán el único vehículo que ese canal utilice para perderse el respeto y mostrarnos un perfil de la televisión que es en realidad una caricatura que invita al espectador a burlarse de su insana complicidad. Recientemente esta cuestión fue tratada en uno de los capítulos así:

—¿Cuántas horas te pasas viendo la tele, Bart? —pregunta a su hijo.

—Ocho horas cuando no tengo nada que hacer —responde Bart— y siete cuando estoy ocupado.

—¡Oh, Hommer! Los niños están continuamente pegados a la caja tonta —se queja Marge—; nunca crecen ni progresan mentalmente.

—¿Qué hay de malo en ver la tele? —pregunta a su vez Hommer— La tele es la mejor amiga de los niños: da mucho y nunca pide nada a cambio.

Ese mismo día Hommer recibe en su domicilio un ejemplar del "Reader Digestivo" y es la primera vez en su vida que lee una revista. Sorprendido con lo que disfruta y entusiasmado con lo que aprende, Hommer decide compartir la experiencia con su familia: reúne a todos en el salón, apaga el televisor y lee en voz alta para ellos. La sesión es un éxito: Marge aprende nuevas recetas de cocina, Lisa decide presentarse a un concurso de redacción, Bart y Hommer se olvidan, al menos momentáneamente, de la tele. Marge, feliz, exclama: ¡La lectura está enriqueciendo nuestras vidas!

## EL LIBRO QUE APAGÓ LA TELE

La lectura constituye en la vida del niño un elemento formativo de primer orden: favorece su desarrollo intelectual, amplía sus conocimientos, incrementa sus posibilidades de comunicación y estimula su imaginación y fantasía. Por si todo esto fuera poco, leer es además un entretenimiento y una diversión capaz de proporcionar grandes satisfacciones al niño. Nadie duda hoy el valor indiscutible de la lectura, aunque padres, educadores, organismos oficiales, editoriales y asociaciones de librerías no consiguen convencer a los únicos que insisten en ignorarlo: los niños y los adolescentes, cuyo interés por la lectura disminuye día a día hasta índices alarmantes. Proliferan las campañas en favor del libro a través de los medios de comunicación, se abren nuevas bibliotecas públicas y se multiplica el número de títulos y de colecciones dedicadas al público infantil y juvenil, pero, la narrativa juvenil e infantil retrocede y el hábito de lectura se mantiene a duras penas gracias a los regalos de compromiso, las sugerencias del colegio y la insistencia de unos cuantos padres que todavía no se han rendido y persisten en la ilusión de contagiar a sus hijos el amor a los libros.

Padres y educadores se preguntan qué fue de aquel entusiasmo que mostraba el niño cuando le leían cuentos en voz alta y dónde quedó aquella voracidad que llevaba al niño a devorar libro tras libro en cuanto se hacía con la mecánica de la lectura. Los analistas encuentran respuestas y culpables por todas partes: la televisión, los videojuegos, la escasez de bibliotecas públicas, la influencia de amigos y la presión del ambiente, la ruta del bakalao, qué se yo, todo. Todo vale. Todo, menos asumir el grado de responsabilidad que a uno le toca.

El entusiasmo por la lectura se despierta o se contagia, pero difícilmente podría imponerse. Obligar a leer a un niño cuando éste no desea hacerlo convierte la lectura en una tarea durísima, exenta por completo del más mínimo placer. En ocasiones, padres y educadores le niegan al niño la posibilidad de ejercer derechos que para cualquiera parecen fundamentales: el de elegir sus libros y determinar el momento de leerlos. Se les niega también el derecho a leer cuentos, tebeos, revistas o comix. Y se intenta reconducir su interés hacia aquellos libros que supuestamente amplían sus conocimientos; libros por lo general demasiado parecidos a sus libros de texto, libros que inevitablemente relacionarán con una actividad añadida al sufrimiento escolar. Equiparar la lectura al estudio es propiciar su rechazo. Y, no digamos, interrogar al niño después de la lectura con eso de: ¿has entendido el texto? ¿qué quiere decir el autor? ¿qué significa esta palabra? Y otras mortificaciones semejantes. Todo eso es una tortura para el niño y un atentado contra el carácter eminentemente lúdico que le hecho de leer lleva implícito. Ni preguntas ni explicaciones. Nada de resúmenes ni otras técnicas para averiguar si el niño ha digerido la lectura. Leer es una experiencia que deja de ser gratificante cuando se tienen que rendir cuentas.

Siempre habrá niños que lean incesantemente libro tras libro. Y siempre habrá niños que jamás descubrirán el placer de la lectura. Podemos lamentarlo, pero nunca reprochárselo. Hommer descubrió la lectura en su madurez y con la mayor naturalidad del mundo comunicó semejante prodigio a su familia. Y al hacerlo así, lejos de la solemnidad patriarcal y del autoritarismo docente y sin ánimo pedagógico grave ni chulería cultural, limitándose a manifestar su entusiasmo y a dar rienda suelta a su alegría, consiguió abrir el apetito intelectual de su esposa e hijos. Y así fue como la familia Simpson descubrió que a la televisión se le puede sustituir por un libro.



### — LECTURA RECOMENDADA —

Título: «*Como una novela*»

Autor: Daniel Pennac

Editorial: Anagrama (Colección Argumentos)

Y dice la contraportada: "Esta obra insólita, un auténtico estímulo para la lectura, ha sido uno de los grandes fenómenos de la edición francesa reciente. Pennac, profesor de literatura en un instituto, se propone una tarea tan simple como necesaria en nuestros días: que el adolescente pierda el miedo a la lectura, que lea por placer, que se embarque en un libro como en una aventura personal y libremente elegida.

Este antimanual de literatura concluye con un decálogo no de los deberes, sino de los derechos imprescindibles de lector (derecho a no terminar un libro, a releer, etc., incluso a no leer).